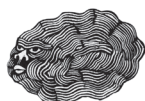


Mis momentos

NEFELIBATA



ANDREA CAMILLERI

Mis momentos

Traducción de Carlos Gumpert Melgosa



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

Nota previa

Este libro aspira a recopilar, de manera desordenada, aunque prestando mayor atención a mis años juveniles, algunos encuentros que, así duraran un momento o casi toda una vida, determinaron en mí una especie de cortocircuito: en otras palabras, provocaron una primera y momentánea sensación de desapego y más tarde una suerte de mayor iluminación en mi interior.

Son encuentros con personas conocidas, y bastante más a menudo con gente a la que podemos llamar común, y ambos tipos de encuentros tuvieron para mí, en todo caso, el mismo valor. Me olvido de algunos nombres, estoy convencido; otros, en cambio, he preferido no transcribirlos deliberadamente, de eso también estoy convencido. Pero los hombres, las mujeres y los libros de los que hablo en este breve libro han representado para mí destellos, relámpagos, momentos de mayor nitidez, y por eso he querido darles las gracias.

A. C.

Antonio

Una mañana de mediados de enero de 1942, al entrar en el café Cuocolo, vi a un desconocido en la caja: era un chico dos o tres años mayor que yo, eso era indudable, un tanto rollizo, o regordete, de pelo rubio y gruesas lentes, y estaba tan absorto en la lectura de un libro que levantaba la vista justo lo necesario para cobrar, dar el cambio y mascullar un saludo. Intrigado, me las arreglé para averiguar lo que estaba leyendo: se trataba de *La puerta estrecha* de André Gide. Mi estupefacción fue mayúscula: en la provincia de Agrigento, ¿cuántos lectores de Gide seríamos? Una docena, si llegábamos. No supe contenerme y le hablé:

—¿Te gusta Gide?

La respuesta fue:

—¿Por qué? ¿Es que lo has leído?

—Yo sí. ¿A ti te gusta?

—No me convence del todo.

Al día siguiente en la caja estaba Andrea, el hijo del señor Cuocolo. El chico al que había visto el día anterior, en cambio, estaba sentado a una mesa ante una tacita de café recién bebido y seguía leyendo la novela de Gide. Le pedí permiso para sentarme a su lado y nos presentamos. Y así fue como me enteré de que se llamaba Antonio y de que era el hermano mayor de Andrea.

–¿Y cómo es que no te había visto nunca?

Y de este modo pude enterarme de que su padre, que se había quedado viudo muy pronto, se había mudado desde Salerno a Porto Empedocle, donde no sólo había abierto aquel bar, sino que se había convertido en el mayor importador de café de la provincia. Antonio se había quedado en Salerno, en casa de su tía, con su hermano, y una vez que él también acabó el bachillerato se trasladó a Porto para echar una mano a su padre y a Andrea, que lo había precedido.

–¿A qué facultad vas?

–No me he matriculado en la universidad –respondió.

–¿No tienes intención de continuar con tus estudios?

–Claro que sí, pero después.

–¿Después de qué?

–Después de hacer el servicio militar.

–Lo siento, pero no te entiendo.

–Verás, si me llaman a las armas siendo estudiante universitario, me obligarán a estudiar en la academia de oficiales.

–¿Y qué?

–No quiero ser oficial, no me gusta dar órdenes.

–Bueno, pero si no eres oficial te tocará ser soldado, es decir, tendrás que obedecer órdenes.

Me miró con una sonrisa pícaro.

–Las órdenes siempre se pueden sortear.

Nació entre los dos una furiosa amistad: era un lector más omnívoro que yo y un finísimo, agudo y penetrante crítico de cuanto leía. Antonio tenía una inteligencia rápida y era de pocas palabras, pero esas pocas palabras tenían un considerable peso-masa. Detestaba el deporte, pero curiosamente era una suerte de as del patinaje sobre ruedas: en una carretera asfaltada era capaz de correr a una velocidad increíble. A mediados de febrero le llegó la famosa postal color rosa de la llamada a las armas. Estábamos en guerra: esa postal significaba casi con seguridad que mi amigo sería destinado a primera línea de fuego. No tuve noticias de él durante dos meses. Con enorme sorpresa por mi parte volví a verlo en los primeros días de mayo sentado en la caja: esta vez estaba leyendo una novela de Steinbeck.

–¿Estás de permiso?

–No, me han dado la licencia absoluta.

–¿Y eso?

–En mi cartilla militar han escrito que soy totalmente incompatible con la vida castrense.

–Y efectivamente lo eres, pero ¿ellos cómo se han dado cuenta?

Sonrió.

–Nada, algunas tonterías, cosas por el estilo.

Estaba claro que no quería hablar de su breve periodo de soldado.

Pero entonces, al cabo de unos días, llegó a Porto, con un breve permiso, uno del pueblo que había sido compañero suyo en la vida militar. Fue él quien nos contó lo que había ocurrido. Ya el segundo día en que se hallaba en los cuarteles de Palermo, Antonio no se había levantado al tocar diana, sino que se había quedado tumbado en el catre. Apareció el sargento para ver lo que estaba pasando.

–¿Estás enfermo? ¿Quieres solicitar visita médica?

–No, estoy perfectamente, gracias.

–Entonces, ¿por qué no te levantas?

–Porque aquí se toca diana demasiado pronto para mi gusto.

Salió despedido del catre merced a una potente patada del sargento y se ganó cinco días de calabozo. Al salir de prevención se presentó a la revista de inspección en ropa de paisano: de militar sólo llevaba las botas y la gorra en la cabeza.

–¿Por qué no vas de uniforme? –aulló el sargento.

–Porque la tela del uniforme me causa picazón en la piel.

Esta vez los días de calabozo fueron diez. Después tuvo lugar el episodio de la marcha. El pelotón al que pertenecía Antonio hizo una marcha de veinticinco kilómetros por senderos campestres. Descansaron durante media hora, y luego volvieron al cuartel por caminos asfaltados, sin respetar ya la formación. En ese momento Antonio se sentó en un guardacantón, abrió su mochila, sacó los patines, se los puso, se lanzó a toda velocidad superando al pelotón y le gritó al horripilado sargento:

—¡Hasta luego! Ya nos vemos en el cuartel.

Por extraño que parezca, el sargento no dio parte: no sabía qué pensar de Antonio, se sentía incapaz de comprender si se hallaba frente a un loco o simplemente ante un soldado desobediente y excéntrico.

Luego sucedió el incidente más grave. El pelotón hizo su primera práctica de lanzamiento de granadas. Eran bombas de explosión retardada, y una vez que se quitaba la anilla de seguridad, había que lanzarlas inmediatamente, porque al cabo de unos pocos segundos explotaban en manos de quienes la sujetaran. Pues bien, cuando llegó el turno de Antonio, éste, tras recibir su granada, le quitó la anilla, se quedó mirándola y le preguntó al teniente sin soltarla:

—¿Y ahora qué hay que hacer?

—¡¡¡Tírala, idiota!!! —gritó el teniente casi al unísono con el resto de los soldados, mientras todos huían como alma que lleva el diablo lo más lejos posible de él.

Con gran despreocupación, Antonio arrojó la bomba y ésta explotó a pocos pasos de él, dejándolo afortunadamente ileso. Dadas las circunstancias, resultó inevitable la solicitud de un examen psiquiátrico. Es posible que Antonio se aprovechara un poco de la ocasión, pero el caso es que el médico lo declaró mentalmente inestable y no apto para la vida militar.

En los dos años que siguieron Antonio no sólo demostró que no era apto para la vida militar, sino que tampoco lo era para la vida cotidiana. Era capaz de permanecer impasible e inmóvil durante un bombardeo sin apartar los

ojos de lo que estaba leyendo. No se trataba de valor, sino de una especie de anárquica indiferencia hacia lo que ocurría a su alrededor. Tal vez sintiera oscuramente que no viviría mucho tiempo.

Murió, en efecto, muy joven, a finales del 45, de un ataque al corazón que hizo que se le cayera de las manos *Pilón* de William Faulkner.

La confesión

Poco antes de casarme me enteré de que la ceremonia no iba a poder celebrarse en la iglesia porque yo no estaba confirmado. Había sido bautizado y había hecho también la primera comunión, pero la confirmación era esencial para tener derecho al rito religioso. En mi ignorancia de las cosas de la Iglesia, me acerqué a la parroquia y pregunté el párroco qué tenía que hacer para confirmarme. Éste se me quedó mirado sorprendido y me dijo:

–¡Pero es que la confirmación la imparten los obispos y no los simples sacerdotes! ¡No va a ser una cosa tan fácil!

En aquel momento yo estaba dirigiendo un montaje teatral en Livorno. El espectáculo estaba subvencionado por un inteligente, culto e ingenioso jesuita, el padre Egidio Guidobaldi, un hombretón con una perenne sonrisa en los labios. Yo salía de Roma el viernes por la tarde, dirigía en Livorno el primer ensayo nada más llegar, y luego continuábamos con los ensayos durante todo el sábado y

el domingo, y ya entrada la noche me volvía a Roma. Por lo tanto, después de la respuesta que me había dado el párroco, en cuanto llegué a Livorno le expuse al padre Egidio mi problema. El jesuita no se inmutó, me dijo que él se encargaría de todo: el domingo siguiente recibiría la confirmación de manos del anciano obispo de Livorno, monseñor Piccioni, hermano mayor de uno de los más altos dirigentes nacionales de la Democracia Cristiana. El padre Egidio me explicó también que el obispo estaba virtualmente jubilado y que su lugar lo había ocupado un obispo más joven, pero que prefería interpelar a Piccioni porque me aseguró que con él me sentiría muy a gusto.

–¿Por qué? –le pregunté.

–Porque durante la guerra estuvo muy próximo a los trabajadores portuarios, que son todos comunistas. Como usted, por cierto.

En el momento de marcharme a Roma, el padre Egidio me confirmó que había hablado con el obispo y que, por lo tanto, el próximo domingo tendríamos que acudir a la morada de su excelencia. Sin embargo, me dijo, para recibir la confirmación es necesario confesarse antes.

–Muy bien –le contesté–. Me vendré confesado.

Como es lógico, no tenía la menor intención de hacerlo. Cuando regresé a Livorno lo primero que me preguntó el jesuita fue:

–¿Se ha confesado?

–Sí. –Y empezamos con los ensayos.

Pero quiso la fatalidad que, durante los ensayos del sábado por la tarde, me dejara llevar y montase una escena

con los actores, insultándolos por su apatía y su dejadez. La ira me invadió hasta extremos tales que creo que se me escapó incluso alguna blasfemia. Al ensayo asistía el padre Egidio, que cuando acabamos me dijo:

–Mire, si yo no hubiera estado aquí no habría oído nada de todo lo que ha dicho, pero por desgracia sí que estaba. Es necesario que vuelva a confesarse.

–Confíeseme usted –le dije.

–No, no pienso hacerlo.

–¿Por qué?

–Porque prefiero que la nuestra siga siendo una relación de trabajo.

–Pues entonces búsqieme a un colega.

–No –me contestó–. Avisaré a su excelencia el obispo de que mañana por la mañana, antes de la confirmación, debe usted confesarse. Él mismo se encargará.

A la mañana siguiente –domingo– a las ocho nos citamos junto a mi padrino, que era el escenógrafo Enrico Sirello, en los aposentos privados del obispo, que estaban dentro del obispado. El secretario de su excelencia nos avisó de que nos recibiría de inmediato en su despacho.

–Sígalo, vaya a confesarse –dijo el padre Egidio sonriendo.

Seguí al cura: éste llamó a una puerta, una voz respondió que entrara, entré y el cura cerró la puerta detrás de mí.

El obispo Piccioni estaba sentado en un sofá. Me sorprendió el hecho de que mientras avanzaba hacia él, se levantara y saliera a mi encuentro con una sonrisa, tendiéndome la mano. Se la estreché, volvió a sentarse y me

hizo un gesto para que me pusiera a su lado. Era muy anciano, pero su cara ancha, franca, casi sin arrugas, despertaba una simpatía inmediata.

–¿Hace cuánto que no se confiesa?

–Veinte años.

Tenía treinta y dos años, no me confesaba desde la época del internado.

Me observó. Tenía una mirada extraordinaria: tuve la neta impresión de que sus pupilas habían entrado dentro de las mías, que me estaban escrutando a fondo. Y, en efecto, así era.

–¿Es usted creyente?

No podía mentir ante aquellos ojos.

–No lo soy.

–Entonces, ¿por qué quiere casarse por la iglesia?

–Porque no quiero dar un disgusto a los padres, abuelos...

–Entiendo.

Se puso la estola y me dijo:

–¿Se siente capaz de hablarme de usted mismo de hombre a hombre, sin ocultarme nada?

¿De hombre a hombre? Se merecía una respuesta positiva.

–Sí.

–Bueno –dijo–, pues empecemos con la confesión.

Mientras se santiguaba me puse de pie y me arrodillé delante de él, que me miró sorprendido.

–¡No, hombre, no! ¡Quédese sentado a mi lado! –dijo, y apoyó la mano sobre la mía–. ¿Ha cometido alguna vez un

acto, un gesto que crea que puede ser considerado un pecado grave, como el asesinato, el robo, el falso testimonio?

–No, nunca –le contesté.

–¿Ha sentido usted desprecio hacia otro hombre?

–Conscientemente, no.

–Verá usted –me dijo–, creo que el pecado más grave que puede cometerse es el de despreciar a alguien. Aunque ese alguien haya hecho algo que nos haya amargado, sorprendido, conmocionado, el desprecio es lo último que debemos sentir por él.

Comprendí que estaba tratando con un hombre extraordinario. Sin que me preguntara nada más empecé a hablarle de mí, de mi vida, de por qué quería casarme. Le dije que creía en la familia y que deseaba tener un hijo lo antes posible.

–¿Ha tenido usted muchas experiencias antes del matrimonio?

–Bastantes, sí.

–Dígame una cosa: ¿hubo algún momento, durante esos encuentros amorosos, en los que considerara a su pareja no como una mujer, sino como mero objeto de su deseo?

Antes de responder me tomé mi tiempo. Fue como si me pusiera la mano realmente en el corazón, y por fin dije:

–No, nunca.

–El verdadero pecado de la carne –comentó– no estriba en cometer actos impuros, sino en reducir al otro o a la otra a mero objeto, despojándolo de toda humanidad: ése es el verdadero pecado.

Palabras como esas no las había escuchado nunca, ni volvería a escucharlas en lo sucesivo.

Seguimos dialogando. No mencionó a Dios en ningún momento, habló siempre del hombre: de la dignidad del hombre, que nunca ni por ninguna razón debía pisotearse. De pronto, el reloj de péndulo empezó a sonar. Eran las once: sin darnos cuenta, llevábamos tres horas hablando ininterrumpidamente.

–Creo que me ha dicho todo –dijo el obispo–. Dentro de cinco minutos nos reuniremos en mi capilla privada.

Salí. La primera persona a la que vi fue al padre Egidio: tenía una cara de enorme preocupación.

–No voy a pedirle que traicione el secreto de la confesión –me dijo–, pero ¿qué clase de pecados ha cometido usted como para pasarse tres horas con el obispo?

–A usted puedo decírselo –contesté riendo–. Pertenecesco a la mafia y cargo con muchas muertes en mi conciencia.

La ceremonia de la confirmación fue muy breve: me ciñeron la frente con una venda blanca, mi padrino estaba a mi lado, el obispo pronunció algunas oraciones en latín y luego se acercó a mí, que estaba de rodillas, me dio un cachete en la mejilla y me dijo que me levantara. La ceremonia había terminado. Me quitaron la venda, me acerqué al obispo e hice una profunda reverencia ante él. Se inclinó también, me tomó por los hombros e hizo ademán de abrazarme.

–Ha sido un verdadero placer conocerte –dijo, pasando a tutearme.

Tengo noventa años. Esas tres horas que pasé dialogando con Piccioni quedaron marcadas para siempre, no sólo en mi memoria, sino también, y sobre todo, en mi corazón.

Antonio Tabucchi

Tabucchi acababa de publicar *Piazza d'Italia*, su primer libro, cuando, en una ocasión en la que me hallaba en Pisa, un amigo me preguntó si quería conocer al entonces debutante autor. Le dije que sí de inmediato, porque había quedado muy impresionado por la escritura de Tabucchi, tan sencilla en apariencia y tan elegante y refinada en su esencia, pero en el último momento un imprevisto me obligó a renunciar al encuentro. Con el tiempo, leí todos los libros que fue publicando, hasta su obra maestra, *Sostiene Pereira*. Puedo decir que esa novela me impresionó: por fin en Italia un escritor se comprometía con un tema tan elevado como el de la libertad individual. Pregunté a mis conocidos si era posible conocer a Tabucchi en persona, pero recibí una respuesta negativa: hacía años que ya no vivía en Italia, sino en Portugal. Cuando, por razones de trabajo, tuve que ir a Lisboa y permanecer allí durante un mes, como es ló-

gico intenté buscar a Tabucchi, pero me dijeron que estaba en el extranjero. Era como una persecución, como jugar al ratón y al gato.

Más tarde, por fin, pareció presentarse la ocasión propicia. Con motivo de una conferencia patrocinada por la revista *MicroMega*, durante el Salón del Libro de Turín, los dos íbamos a participar en la misma mesa redonda. Pero también esta vez el destino pareció burlarse de nosotros: Tabucchi no pudo asistir porque sufrió un pequeño accidente y, por tanto, participó sólo por teléfono.

En un momento dado, nuestros nombres empezaron a aparecer uno al lado del otro en los periódicos que nos entrevistaban acerca de la situación política italiana: lo más extraordinario era que nuestras respuestas coincidían casi siempre, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo antes. Un día, mientras estaba en mi despacho, sonó el teléfono: era él. La conversación telefónica fue breve y, en cierto sentido, muy extraña.

–Hola, soy Antonio Tabucchi.

La verdad es que me pilló por sorpresa.

–Hola –le contesté–. ¿Qué tal estás?

–Bien, sólo quería oír tu voz.

Me quedé aún más aturdido, no supe qué responder; así que fue él quien continuó hablando:

–Pues adiós, entonces, ha sido un placer hablar contigo, hasta pronto –dijo, y colgó.

No volví a recibir noticias tuyas durante seis meses, hasta que me llegó una postal de Atenas. Decía simplemente: «Un saludo de Antonio Tabucchi».

Durante los años siguientes, recibí dos o tres postales como ésta, procedentes de diferentes ciudades de Europa. Ahora bien, puesto que jamás ponía dirección alguna, yo no sabía adónde enviarle una posible respuesta, pero cada vez tenía más ganas de conocerlo personalmente.

Por fin, un día de marzo de 2011, recibí una llamada de Antonio.

–Dentro de tres días probablemente tenga que ir a Roma, en cuanto lo sepa te lo confirmo y esta vez, aunque se hunda el mundo, tenemos que conocernos. Te llamaré nada más llegar para saber dónde quedamos –me dijo.

Esperé ansiosamente su llamada, que llegó puntual, pero sólo para decirme con voz desolada que sus planes se habían frustrado. Así pues, Tabucchi ha sido para mí un amigo al que nunca llegué a conocer personalmente.

Después de su muerte en 2012, Anna Dolfi editó un volumen póstumo titulado *Di tutto resta un poco*, que reunía varios textos de literatura y de cine. Para mi enorme sorpresa, en un artículo que Antonio había publicado con ocasión de la muerte de Elvira Sellerio y que se me había pasado por alto, leí una docena de líneas dedicadas a mí, no como escritor sino como hombre y como siciliano. En aquellas palabras, que me conmovieron profundamente, hallé la clave de su deseo de conocerme, un deseo que, además, era recíproco.

Y estas breves líneas que le estoy dedicando quieren ser una forma de agradecimiento póstumo a su amistad.

Pino Trupia

En septiembre de 1943, es decir, dos meses después de que los Aliados desembarcaran en Sicilia, a mí y a un amigo mío, Ugo La Rosa, se nos ocurrió la idea de publicar un periódico que sería el primero de la Italia democrática. Para obtener los permisos y el papel necesarios no nos quedaba más remedio que dirigirnos al jefe de la AMGOT, que era la Administración militar aliada de los territorios ocupados. Al mando de la AMGOT de Agrigento estaba un inglés, el coronel Chewin, y su segundo era un estadounidense, el mayor Thomson. Es archisabido que no podían verse ni en pintura el uno al otro y, en todo caso, lo mejor era plantear mis peticiones directamente al coronel Chewin, que parecía una persona con sentido común y gran disponibilidad.

Al cabo de dos o tres días de insistir conseguimos por fin que el coronel nos recibiera: su despacho estaba en la habitación que antes del desembarco había ocupado